
CHINA EN EL PRESENTE: MASAS Y MINORIAS

Francisco Marcos Marín

Una llegada al Sur

EL avión de la CAAC, las líneas aéreas chinas, un Boeing 727, se posa con cierta brusquedad en el aeropuerto de Kunming, capital de la provincia de Yunnan («sur de las nubes»). Estamos a 3.200 kilómetros de Pequín (por ferrocarril, cincuenta y seis horas), relativamente cerca de las fronteras de Vietnam, Laos y Birmania, en una altiplanicie a 1.900 metros de altura. Los trámites del aeropuerto son sencillos y nuestros anfitriones de la Academia de Ciencias Sociales de Yunnan reciben amablemente a estos tres primeros españoles que llegan, invitados por la Academia China de Ciencias, al paraíso de los lingüistas en China. Hace tres años que un equipo de la Universidad Autónoma de Madrid trabaja sobre el papel sobre las cincuenta y seis nacionalidades y las cerca de noventa lenguas de la República Popular. En esos años las visitas a Pequín han sido normales, por primera vez podrán trabajar sobre el terreno. Ha empezado el monzón y llueve con lenta monotonía. *Tristes tropiques*, el título del libro de Lévi-Strauss no nos abandonará en nuestra semana de estancia y trabajo.

El coche de la Academia recorre una ciudad gris y en obras, barro y agua, cemento, algún parque, la torre del obelisco del Museo, cerrado por reformas (una gran exposición del 92, otro 92, que se prepara con tiempo); sobre los tesoros arqueológicos de una de las zonas más interesantes del mundo, guardados en cajas, se alza el inconfundible pirulí que corona los edificios construidos por los soviéticos en los años 50, rematado por una gran estrella roja: en Moscú quedan pocas; pero Moscú está demasiado lejos. Estamos en el Sur profundo de China, en la frontera, en el cruce de las civilizaciones de Asia central, el Tíbet, China e Indochina. Aparentemente no se nota, la ciudad es un remedo arquitectónico de la metrópolis, será preciso abandonar las avenidas, el centro, adentrarse por las callejuelas y los mercadillos, mirar las casas de paja con los graciosos tejados curvos tai para darnos cuenta de que debajo de todo hay mucho más: hay otra historia.

Yunnan

HACE casi tres mil años varias tribus de ese cajón de sastre que los lingüistas llaman ilirios (tracios, cimerios, caucásicos, puede que también teutones) cruzaron el Asia central y llevaron su cultura del bronce y del hierro hasta la Europa Suroriental. Al llegar a China se dividieron en tres ramas, la tercera de las cuales pasó hacia el Sur, hasta Yunnan y la Indochina del nordeste. La cultura de Dongson, cultura de espadas de dos filos, de dagas con empuñaduras de figura humana, de hachas de bronce, de dibujos de espiral y cuerda, de procesiones de ciervos, puede tener, por tanto, un remoto origen europeo, que se suma a una masa humana formada por elementos mixtos caucásico-mongólicos que constituyen la raza austronesia, que llegaría a extenderse desde Madagascar hasta la isla de Pascua, con el correr de los siglos. Los objetos característicos de la cultura de Dongson, en especial los grandes tambores de bronce, se encuentran desde Mongolia hasta Bali y las islas Kai y se han seguido haciendo en China hasta el siglo XVIII por lo menos y en Indochina hasta este siglo XX. En su decoración persisten motivos del Asia central.

La geografía ha favorecido extraordinariamente la concentración de pueblos en una zona algo mayor que Andalucía, aunque la superficie de la provincia es casi tan grande como la de la España peninsular. Las altas montañas obligan a usar los cauces de los ríos como medio de transporte: se da una salida; pero se dificulta la intercomunicación. La altura permite una temperatura agradable, en latitudes tropicales, el suelo puede soportar dos cosechas de arroz y ahora también hasta una de trigo de ciclo corto. El tabaco, con sus hojas anchas y sus bellas flores acampanadas, amplía, con el maíz, las variedades cultivables. Al Sur, en la frontera, se habla de otras hierbas, más dañinas, y del tráfico, el cultivo y sus consecuencias. Aquí los hombres fuman en grandes pipas cilíndricas llenas de agua y seguro que Antonio Machado habría sabido encontrar verbos para expresar el ruido de ésta al filtrar el humo.

La Historia nos habla del encuentro entre la India y China, entre la religión, el comercio y la guerra. Los indios llevaron el budismo y extendieron la cultura alejandrina, fundamental para comprender ese hilo tenue, pero irrompible, que va desde Grecia hasta el centro de China. Los chinos, por su parte, buscaron desde el principio relaciones económicas y políticas. Desde el siglo III tenemos testimonios de informes chinos sobre Indochina y a partir de ese siglo hay intercambio de regalos entre los emperadores Wu y los reyes de Funan, en el delta del Mekong. De la importancia del comercio y su extensión en esa zona es buen indicio que se hayan encontrado medallas de los emperadores romanos Antonino Pío y Marco Aurelio: parece ser que el segundo envió a China una misión de comerciantes sirios al final de la época Han, en el 166. A partir

del siglo V, en todo caso, son relativamente frecuentes las misiones anamitas a China para llevar regalos y tributos. No olvidemos que buena parte de las pretensiones de expansión territorial de China se basan en esos hechos. Sabemos que Yunnan, desde el siglo VI, era uno de los centros de distribución de la cerámica china (Tang) hacia el sur.

Sin embargo, todo esto no significa ni una dependencia directa ni continuada. Todavía en época Tang, en el siglo VIII, el reino tailandés de Nanzhao se alió con el Tíbet contra el imperio y hasta 1253 no se produjo realmente la anexión de Yunnan a China, por la dinastía mongola de los Yuan, en época de Kublai Jan o, para nosotros, de Marco Polo. El veneciano, precisamente, ha hecho famosa la batalla de 1277 en la que los mongoles del gobernador de Tali derrotaron a los birmanos.

La historia posterior no carece de revueltas, de pretensiones de restablecimiento de dominio birmano o, sobre todo, tai en la región, que fue profundamente sinizada entre los siglos XV y XVI, por la dinastía Míng (1368-1644) y que todavía participó en un episodio secesionista y hegemónico fracasado al principio de la instauración de la última dinastía, la Qing de los manchúes, a fines del XVII, para ser derrotados por los nuevos gobernantes, en la rebelión musulmana de 1855-73 y en las luchas disgregacionistas de 1915. Estos episodios incluyen otra de las largas marchas características de la historia china: más de tres mil kilómetros hasta el inicio de la Gran Muralla, en Beijai, el mar del Norte, antes de la derrota. El gobierno central no tuvo tampoco el control de la provincia entre 1919 y 1949. Franceses y británicos, desde Indochina y Birmania, respectivamente, explotaron las materias primas e intentaron incluir a Yunnan en su ámbito colonial. Los británicos incorporaron algunas zonas a Birmania en este siglo.

Consecuencias lingüísticas y culturales

LA provincia, en consecuencia, es un conglomerado de pueblos, de lenguas y orígenes muy diversos, aunque muy sinizados. Los chinos propiamente dichos reciben en China el nombre de *han* y son sólo una de las cincuenta y seis nacionalidades, aunque, eso sí, la más numerosa, con mucho.

Pese a la distancia del Norte, que es el que ha impuesto su variedad lingüística como lengua uniformadora del país, la lengua china que se ha impuesto en Yunnan es el chino común, mandarín o *putonghua*. Los contactos comerciales con Cantón, el gran puerto del Sureste de China, hacen que el *yue* o cantonés no sea una lengua extraña; pero es sabido que gracias a su sistema de escritura los chinos no tienen dificultad para comunicarse por escrito, aunque sus lenguas habladas sean muy diferentes.

Los *han* tampoco hablan una sola lengua. Hay una lengua china unificada o común, el *putonghua*, basado en las variantes norteañas, no artificial, que no es comprensible por personas que hablan otras lenguas chinas, como el cantonés, salvo por escrito. La escritura china, como no representa los sonidos, sino unidades mínimas que asocian una expresión con un contenido (técnicamente *morfemas*), es una escritura que podemos llamar, para entendernos, conceptual. Así, un carácter expresa el concepto «hombre», otro «sol», otro «pensar», otro «y», etc. Esto permite leer los caracteres no sólo con palabras de la lengua china unificada, sino del cantonés, o incluso de lenguas que no tengan nada que ver con el chino, como el japonés o el español. No es tan extraño: tomemos por ejemplo nuestro carácter «+», un español lo lee [más], un francés [plü] y un angloparlante [plas] (simplificamos la representación fonética, obviamente), sin embargo, todos ellos lo interpretan igual. Un inglés leerá el carácter «&» como [and] y un español como [i], para ambos es una posible representación de la «coordinación copulativa».

LA escritura ha supuesto un valor constante de unificación cultural en el Oriente asiático. Aunque la enseñanza actual ha conseguido que los jóvenes chinos conozcan el sistema oficial de romanización de la escritura, *pinyin*, que hemos usado en nuestras transcripciones, los intentos de sustitución de la escritura china por la latina están abandonados, al menos por ahora, en lo que al chino se refiere, no en lo relativo a las lenguas de las nacionalidades, como veremos. Lo primero es conseguir que todos los chinos hablen y entiendan el *putonghua*, luego, en todo caso, podría empezar a organizarse la romanización. La simplificación de la escritura china, que ha sido el primer objetivo de la reforma, está cumplida; sin embargo, es evidente que la escritura china tradicional ha ofrecido graves dificultades para muchos empleos del mundo moderno, especialmente la informática. No ocurre lo mismo en japonés, porque esta lengua dispone de dos sistemas, el conceptual, morfémico o «ideográfico», que es el chino, y un desarrollo especial, un silabario, el *kana*, cuya variante popular, el *katakana*, está muy extendida y debe usarse mezclada con la variante china *kanji*, para la representación de una serie de elementos gramaticales del japonés de los que el chino, cuya estructura es totalmente diferente, carece. Sin embargo, incluso en el terreno informático, los avances de los últimos años, tanto en capacidad de la memoria, como en las placas o tarjetas de vídeo, como en el desarrollo de sistemas específicos, como el de cinco trazos, muy cómodos, han hecho que esta situación cambie notablemente. Lo más caro y complejo, hoy por hoy, es integrar texto chino y texto en otros sistemas de escritura en el mismo procesador de textos; pero incluso en ese punto hay soluciones bastante cómodas para distintos sistemas operativos corrientes (tipo MS-DOS y Apple).

Aunque la gran mayoría de la población es *han*, o sea lo que nosotros entendemos como «chino», entre un cinco y un diez por ciento de la población pertenece a una «minoría étnica» (*shaoshuminzu*), con la peculiaridad de que estas minorías ocupan unas tres quintas partes de la superficie total del país: montañas, desiertos, estepas. Las tierras má fértiles han sido poco a poco colonizadas por los *han*. La lista oficial, por lenguas, no por razas, recoge cincuenta y cinco, pero el criterio no es nada estricto, porque lo mismo se recoge a los *hui*, musulmanes hablantes de chino, distintos de los que hablan persa o turco, que a los miao y yao, que hablan doce lenguas, no dos.

La frialdad de las estadísticas puede ser un buen complemento de estas informaciones. Dentro del grupo sino-tibetano, además del chino, hablado por los *han*, los *hui* (musulmanes) y los *man*, se hablan en Yunnan trece lenguas del subgrupo tibeto-birmano (tibetano, *yi*, *hani*, *lisu*, *naxi*, *achang*, *jingpo*, *derung*, *nu*, *lahu*, *bai*, *primi* y *jino*), en territorio de dos de éstas, *yi* (antes, «lolo»), nombre que ahora no se usa) y *bai*, pudimos hacer encuestas. Los lingüistas chinos colocan en el *filum* sínico a otras lenguas que los occidentales clasifican en el austro-tai. Sin entrar en discusiones por ahora, nos limitaremos a listar que del subgrupo Zhuang-Dong de la familia Tai-Kadai o Kam-Tai se hablan el *zhuang*, el *dai*, el *bouyei* y el *shui*. La familia Miao-yao está representada por el *miao* y el *yao*, mientras que la surasiática lo está por el *wa*, el *blang* y el *deang*. Varias de ellas tienen varios sistemas de escritura (5 el *dai*, 4 el *naxi*, por ejemplo) y nueve de ellas tienen sistemas de escritura basados en el alfabeto latino (*yi*, *lisu*, *naxi*, *jingpo*, *derung*, *lahu*, *bai*, *miao*, *wa*).

TAMBIEN tiene interés la tabla de población y ceencias religiosas, que reproducimos tal como nos ha sido facilitada por la Academia de Yunnan. La primera columna corresponde al nombre de la nacionalidad, la segunda a la población y la tercera a la religión. Usaremos «cristianos» para todos los grupos no-católicos. El total de la población de Yunnan es de 36.972.610 personas.

Han	24.629.056	Budismo, Tao
Yi	4.054.177	chamanismo (Benmo)
Bai	1.339.056	chamanismo (Benzhu)
Hani	1.248.106	chamanismo (Benmo)
Dai	1.014.318	budismo hinayana
Zhuang	1.003.901	chamanismo, tao
Miao	896.712	cristianos, católicos
Lisu	557.144	chamanismo, cristianos, católicos
Hui	522.046	islam
Lahu	408.203	budismo, cristianismo
Wa	347.738	budismo hinayana

China en el presente: masas y minorías

Naxi	265.708	chamanismo (Dongba)
Yao	173.144	tao
Jingpo	118.322	chamanismo
Zang (tibet.)	111.414	budismo tibetano (lamaísmo)
Blang	81.768	budismo hinayana
Bouyei	34.061	tao
Primi	29.304	budismo tibetano
Achang	27.613	budismo hinayana
Nu	26.583	cristianos, católicos, budismo tibetano
Jino	17.843	chamanismo
Deang	15.399	budismo hinayana
Mongol	13.168	
Shui	7.688	chamanismo
Man	7.055	
Derung	5.536	chamanismo, cristianos
Otros	17.525	

Bilingüismo, contacto y enseñanza

EL mosaico se convierte en un caleidoscopio si empezamos a tener en cuenta otros factores: hay lenguas habladas por varias nacionalidades, grupos pequeños que no se consideran oficialmente nacionalidades; pero que tienen su propia lengua. Nacionalidades, como los yao, hablan varias lenguas (2 en este caso), otras, como los yi, hablan seis dialectos que tal vez podrían llamarse lenguas, si aplicamos un criterio lingüístico y no socio-cultural. En general, son bilingües con el chino los que tienen algún puesto oficial u oficioso, unos 300.000, y unos diez millones de personas han perdido el conocimiento de la lengua minoritaria, aunque hayan nacido con esa lengua materna. Es interesante el dato que obtuvimos de nuestra encuesta en la aldea bai (pronúnciese [páe]): en los matrimonios mixtos, si la madre es han y el padre de otra nacionalidad, los niños hablan sólo chino, pierden la lengua del padre.

Otro problema que complica radicalmente la situación es el de la escritura. Antes de la Liberación (nombre técnico que se da a la victoria en la Segunda Guerra Mundial) se escribían cuarenta lenguas de las veintiséis nacionalidades. Muchas de ellas en sistemas latinos, para la predicación de los misioneros occidentales, muy extendida en esta zona. Ahora hay veintidós lenguas con escritura propia. Es un dato esencial, porque en estas lenguas se imparte la enseñanza elemental hasta los doce años, el sexto grado. La oficina de planificación lingüística se preocupa

por ir dotando de escritura a las lenguas que carecen de ella o han perdido la implantada por los misioneros.

Esta tarea no escapa a los conflictos. El caso del tai es significativo, pero no único: el tai tiene en Tailandia su sistema de escritura, derivado del sánscrito, la R.P.Ch. desarrolló un sistema modificado, con mayores pretensiones científicas; pero se encontró con el rechazo de la población. Se siguen editando periódicos en los dos sistemas; pero la población usa el que es común con Tailandia. El jingpo se habla en Yunnan, Birmania e India. La escritura se inventó en Birmania, en 1895. Desde 1914 empezó la labor de difusión de esa escritura desde Birmania, primero a China, luego a la India. Después de la Liberación los planificadores lingüísticos chinos intentaron hacer dos modificaciones, la mayoría de los usuarios las rechaza. El rechazo puede estar muy ligado a razones religiosas, los lisu, por ejemplo, rechazaron el nuevo sistema antiguo, enseñado por los misioneros, porque consideran que es la escritura de la Palabra de Dios. Fuera de Yunnan se ha producido el mismo fenómeno en las zonas musulmanas, donde los intentos de romanización no triunfaron y se ha vuelto a un sistema reforzado de escritura árabe para las lenguas túrcicas e iraníes de la zona occidental de China. En otros casos, como ocurre en el yi, se desarrollan escrituras a partir de usos antiguos: en la actualidad se han desarrollado nuevos ideogramas yi para 1.697 palabras.

La planificación afecta también a la difusión por ordenador, en la que se procura la adecuación a las normas ISO y, muy especialmente, a los medios de comunicación, especialmente la radio, que sirve de vehículo de comunicación con los países fronterizos. Los jingpo de Birmani han pedido a la emisora china en jingpo que sean más cuidadosos con el léxico y usen más términos patrimoniales jingpo, en vez de préstamos del chino. Algo parecido ocurre en Laos, donde la población tai también recibe las emisiones de Kunming y también desean que se use el léxico tradicional y se eviten los préstamos.

La enseñanza

COMO hemos dicho, la enseñanza reglada en la lengua materna (cuando ésta tiene escritura) llega en Yunnan hasta el sexto grado, a partir del tercer grado los niños ya son bilingües. Nuestros informantes yi y bai coincidían en que los dos primeros grados son muy difíciles para los niños de esas nacionalidades, que sólo pueden ir a la escuela en chino. A diferencia de Xingjiang, donde el bilingüismo llega hasta la universidad, en Yunnan sólo las Escuelas Normales o de preparación de maestros conservan la enseñanza de la lengua minoritaria. El comité de educación de minorías, con el que mantuvimos una larga reu-

nión, nos pareció especialmente preparado y preocupado por la realidad de la enseñanza de niños bilingües, con criterios muy prácticos.

Hay una carrera de lenguas minoritarias en la universidad, en la que se estudian lahu, lisu, jingpo, wa y dai [tai]. Debe advertirse que los estudiantes de Yunnan pueden ir también a universidades de fuera de la provincia, donde se estudie en su lengua, es el caso de los de lengua tibetana, especialmente.

LA escritura marca la diferencia. Cuando no existe o no está suficientemente desarrollada, los textos escolares son chinos, aunque los profesores manejan el chino y la lengua de los alumnos. En 1990, aprovechando el año internacional contra el analfabetismo se hizo un gran esfuerzo en esta línea. Nuestra experiencia, aunque muy limitada, es que el porcentaje de analfabetos entre los adultos unilingües de lenguas minoritarias es muy grande, aunque no estamos todavía en posición de cuantificar.

No son extraños a Yunnan los problemas conocidos de actitud de los padres o de las comunidades. Los jino y los primi, según nuestros datos, no tienen especial interés porque se enseñe su lengua en la escuela. Los dai consideran, en cambio, que se destinan fondos demasiado escasos a la enseñanza del tai (que quisieran también más cercano al de Laos y Tailandia). Hay nacionalidades con distinta actitud en distintas zonas, cuando no habitan espacios continuos. Ocurre así con los jingpo, que se sitúan en los dos extremos.

En lo que se refiere a los padres, hay tres aspectos claros: en los niveles culturales superiores el papel del padre y la madre está más equilibrado. El chino es esencial si se desea que el hijo vaya a estudiar a Pequín, por ejemplo; pero si hay una buena conciencia cultural esto se hace compatible con la defensa de la educación en la lengua minoritaria. Cuando se tiene conciencia de que la cultura materna es una cultura desarrollada la defensa de la misma es más activa. Pese a la teórica igualdad de hombres y mujeres en la R.P.Ch., nuestra experiencia prueba lo contrario: ha sido más difícil la relación con mujeres, que en ocasiones se van al interior de las casas y no participan en las encuestas (así en nuestra aldea yi), mientras que, cuando están presentes (aldea bai), sus posibilidades de comunicación son muy reducidas y el papel que desempeñan en las decisiones familiares se ve innegablemente que es subordinado.

Además del factor cultural y del papel de la mujer en las decisiones familiares, un tercer factor de gran importancia en la defensa de la lengua vernácula es la religión. Para nuestros interlocutores chinos llega a ser determinante a favor del estudio de la lengua local. Aunque la actitud de las autoridades chinas ante la religión sigue siendo ambigua, puede resumirse diciendo que no hay facilidades. Es cierto que se está reeditando libros religiosos, incluidas Biblias; pero en nuestra aldea bai habían dene-

gado la solicitud de construir un templo budista, al haber sido quemado el anterior en la Revolución Cultural, y 17 obispos (el último que sepamos monseñor Josef Fan Zhongliang) y unos sesenta sacerdotes han sido arrestados en los últimos años. Las autoridades chinas insisten en el cambio frente a la actitud de los 70, pero a veces su tolerancia de la religión es demasiado oportunista: favorecen la cristianización de los lisu, grandes aficionados al vino, como medio de controlar las borracheras, o ven ventajas en el cristianismo también, como que los matrimonios, especialmente en las comunidades protestantes, son más baratos porque no hay dote ni grandes banquetes de fiestas. Lo interior queda en el nivel visceral, como se ve.

La vida en el medio rural

EL titulillo anterior, vemos al escribirlo, puede resultar terriblemente pretencioso. Nos parece adecuado insistir por ello en algo que siempre hacemos cuando escribimos sobre China. No pretendemos más que transmitir, además de unas impresiones, una relación interior con un país con el que, tras más de diez años de trabajo continuo, hemos llegado a una profunda relación afectiva. Describir la vida rural de China sería tal vez tarea superior a las fuerzas de un autor. No, lo que pretendemos es simplemente transmitir nuevas sensaciones, nuevos enfoques, en este cambio de óptica a que nuestro trabajo lingüístico nos ha llevado, desde la visión ciudadana predominante a la realidad de las casas campesinas. No se nos oculta, por supuesto, que esta visión siempre ha estado algo dirigida por nuestros anfitriones, que nos han llevado a lugares que ellos consideraban aceptables. Hasta cierto punto es normal: a nadie le gusta enseñar lo peor de su casa, sobre todo la primera vez y sin saber cómo reaccionarán los invitados.

No es fácil para el gobierno chino que el campo cumpla ciertas normas y acepte las modernizaciones que van contra miles de años de tradición. El contraste entre la ciudad y el campo es innegable. Las ciudades han pasado de «los cuatro lujos» (reloj, bicicleta, máquinas de coser y radio) a los seis (televisión en color, radiocassette, ventilador eléctrico, lavadora, nevera y cámara fotográfica). En el campo se circula con tractores y carros de búfalos domesticados, los caminos son de barro o de polvo, según llueva o no. La renta urbana es de 262 dólares americanos al año; la agrícola no se facilita oficialmente, pero seguro que no supera los dos tercios de la urbana. Los pueblos que hemos visto tenían conducción de agua (que no significa agua corriente en el interior de las casas), letrinas, corriente eléctrica a veces, butano, petróleo y carburo en otras. La planificación familiar tropieza en el campo con muy graves obstáculos y está poniendo en peligro las previsiones del gobierno, que cada vez

anuncia medidas más drásticas. A veces, sin embargo, el pueblo ayuda a los que Pequín considera delincuentes.

Así, en el fiel de la balanza está el comercio de mujeres y niños. La restricción a un solo hijo hace muy difícil la vida de las niñas, sobre todo las segundogénitas (si el hijo mayor es niña hay opción a buscar un niño rápidamente, en diez meses). Los casos de abandono de niñas y de infanticidio, también de niñas, desgraciadamente existen. Otra variante del negocio es el «rpto» de mujeres y niñas. Lo entrecomillamos porque se trata de un rpto especial: es el modo que tiene mucha gente pobre de comprar una mujer, sobre todo en el campo. Está también vinculado a que muchos campesinos no se casan con mujeres de su pueblo, que les resultan muy caras, por pedir dotes muy altas, sino que compran una mujer barata y empiezan a tener hijos hasta que nace un varón. Los raptos gozan por ello, muchas veces, de la protección de los ciudadanos, también en las ciudades, donde se une a un problema de setenta y cinco millones de personas de población flotante, sin ningún control de natalidad.

SEGUN las estadísticas del Ministerio del Interior de la R.P.Ch., en 1990 la policía descubrió 18.692 casos de rpto, lo que cuadruplica las cifras de 1988. Si tenemos en cuenta todos los casos no denunciados por cuestiones de acomodo final, de honor familiar, de intervención de los propios padres o familiares directos, las cifras pueden multiplicarse. La nueva legislación prevé incluso la pena de muerte, cuando el rpto se haga con violencia o se usen drogas. En lo que se refiere al abandono de niñas, sobre el que pueden testificar ampliamente los médicos rurales de organizaciones internacionales, es cierto que las autoridades chinas las recogen; pero también es verdad que el vacío de la legislación internacional impide que muchas niñas chinas lleguen a tener acomodo en casas que las adoptarían si hubiera una posibilidad de hacerlo. El futuro de un niño es mucho más importante que cualquier conveniencia de tipo político y no debe ponerse en peligro por el temor de que favorecer las adopciones alentaría a otros padres (por llamarlos así) a abandonar más niñas.

Hemos visto las casas mejores, relativamente, de los pueblos y hemos tenido siempre informantes de buena posición; pero junto a ellos estaban también los otros, los monolingües, los desfavorecidos y nadie nos ha puesto ninguna traba para comunicarnos, fuera de las dificultades lingüísticas, siempre salvables. Hacer trabajo de campo en China, fuera de las duras condiciones de vida, es gratificante por la extraordinaria simpatía y el acusado sentido de la hospitalidad. No quiero por ello terminar estas notas sin intentar reflejar ecos del ambiente.

La casa bai, por ejemplo, era un edificio hermoso, de una familia otrora rica, donde ahora vivían hacinadas unas treinta personas. En el

centro tenía un patio cubierto por los laterales, de dos pisos. Del de arriba colgaban los grandes mazos de pimientos rojos o guindillas, con una nota en cierto modo española en el conjunto. Las tejas dejaban escurrir por las esquinas el agua de la lluvia intermitente, sobre el empedrado. Abajo estaba la maquinita de desgranar el arroz y éste se extendía para secarse por casi cualquier superficie plana posible. Dos o tres madres se afanaban con sus hijos pequeños, un grupo comía en la habitación de al lado, algún curioso se asomaba, se atrevía o no a quedarse, le pasaban un cigarro y el olor del humo, del patio, el arroz, las judías secas que colgaban y el barro se mezclaban y creaban esa atmósfera campesina casi universal que te hace gozar del tiempo y de la estancia. Sentados en posones de esparto, con nuestra grabadora fuera de la vista, nuestro cuaderno de notas y la máquina fotográfica siempre pronta para el retrato de los innumerables espontáneos, hemos de agradecer a los campesinos de Yunnan la entrada en sus casas y en sus vidas, con la esperanza de regresar pronto. Ellos nunca podrán hacer ese viaje que para nosotros es ya parte del trabajo.